

CAPÍTULO V

En el mundo de los negocios era muy conocida la fisonomía original de aquel banquero cortés y frío como el polo Norte, irreprochable en sus maneras, que iba á todas partes: en los grandes círculos se respetaba su nombre; en los teatros, en los salones, se le veía siempre, asestando con sus ojillos, flechas de acero que penetraban hasta el fondo de las conciencias, y paseándose mirando con curiosidad, como si tuviera la misión de ver é inspeccionar á los demás. No se le conocían vicios ni virtudes, á no ser una discreción á toda prueba. Luis Nollet, de la célebre casa Nollet Hermanos, era inmensamente rico.

Había organizado su vida con la precisión de un cronómetro: en su casa reinaba el orden más perfecto é inalterable.

Su hotel de la calle de Monceau era, sin disputa, uno de los más suntuosos de París, como la casa de banca Nollet era una de las más serias y consideradas del orbe.

Los Nollet dominan desde hace medio siglo en el mundo de los negocios.

En sus oficinas del barrio Poissonniere, amuebladas á la antigua, sin fausto y sin dorados, se negocian masas enormes de valores; en ella se acredita, lo mismo que en el Banco (del que siempre es director algún Nollet), el grado de confianza que merece cada cliente,

El Rey Luis Felipe, muy amigo del dinero, hizo barón al Nollet que dominaba el comercio de París hacia el año 1837.

Luis Nollet, el mayor de los tres hermanos que reinan en esta poderosa casa, no carece de buen sentido ni de talento; pero es tan escrupuloso, que un mueble desarreglado, un poco de polvo sobre las alfombras, un libro olvidado sobre una mesa, un cuadro torcido hacia la derecha ó hacia la izquierda, turban su felicidad.

Todo está previsto en su existencia, regulada como el movimiento de los planetas en el Observatorio, desde el empleo de las horas del día y el traje que debe usarse en cada estación, hasta el presupuesto de los menores gastos del año. ¿Cómo un ser tan meticuloso se había podido decidir á casarse? Es éste un misterio que preocupa á su familia y á sus amigos, y que sólo puede tener una explicación: el amor. ¿Pero sólo el amor? ¿No sería más bien el deseo, la necesidad de tener junto á sí, á sus órdenes, como se posee una bodega ricamente surtida, una *villa* para los baños de mar ó un ca-

zadero para el otoño, á aquel ser encantador lleno de gracias, la mujer en fin? Sea como quiera, á los treinta y seis años había pedido la mano de una de sus primas, la señorita Blanca Desvilliers.

Blanca era hija única, vivía con su madre en Passy y poseía una regular fortuna: 25 á 35.000 francos de renta.

Era á los veinte años una hermosa joven, esbelta y vivaracha, de ojos claros y vivos, un tanto lánguidos; de preciosa dentadura, que dejaba ver cuando alegremente reía, y llena de viveza y de ingenio.

Es de suponer que, tentada por los millones de su primo, hizo todo lo posible por apoderarse de aquel corazón, que parecía refractario á los encantos del amor.

Lo consiguió en seguida, apagando poco después el volcán, como dicen en las tragedias.

Estos esposos formaban el contraste más violento que puede imaginarse, y, sin embargo, se entendieron perfectamente.

Como Blanca era muy inteligente, supo amoldarse á los caprichos, á las manías mejor dicho, de su marido, adoptando, por lo demás, y haciéndolo prevalecer, un reglamento que la puso á cubierto de todo disgusto.

El hotel fué dividido en tres partes: una reservada al marido, otra á la mujer, y la tercera, común á los dos, destinada á las recepciones.

De esta manera, cada uno poseía su dominio particular y disponía de él á su antojo.

Por lo demás, el barón no negaba nada á la que llevaba su nombre.

Blanca tenía sus trenes, sus criados, su asignación y gozaba de una independencia absoluta.

Muy gastadora, encontraba en su marido una generosidad inagotable.

Es verdad que, muy astuta y entendiendo los negocios mejor que nadie, sabía hacerse pagar sus complacencias, y la preciosa rubia no se mostraba nunca tan seductora como en las épocas en que necesitaba un crédito suplementario, lo cual le sucedía á menudo.

Así decía á veces el barón, no sin ironía, al darle los billetes de Banco pedidos:

—Gano en ello.

El resto del tiempo trataba al barón ligeramente, como un camarada, y tenía un especial gusto en asestarle mil epigramas; pero le divertía. Sus burlas habían llegado á ser necesarias al hombre de negocios, gastado por el continuo manejo del oro, como se gastan las caricias entre los que se adoran.

Siete años después de su matrimonio, Blanca, viva y alegre, agradable á la vista como una rosa, orgullo y placer del banquero, estaba catalogada á perpetuidad como el mueble más precioso y el objeto de arte preferido del hotel Nollet, donde los había de inestimable valor.

Mientras que los dos esposos volvían á la calle de Monceau, mecidos por el suave movimiento de una soberbia berlina, forrada de raso, el banquero cogió suavemente la mano de su mujer y la conservó algunos segundos entre las suyas. Luego, sin afectación, se la llevó á los labios.

Pudo ser casualidad, pero la mano que cogía era aquella cuyo guante ocultaba el billete acusador.

La baronesa trató de desasirse sin esfuerzo; pero el barón estaba en un momento de ternura, y la hermosa rubia procuraba en vano retirarle una mano que, después de todo, le pertenecía.

Desabrochó diestramente el guante, á fin sin duda de respirar el perfume de aquella mano fresca y suave, y de pronto, antes de que la joven, sorprendida, hubiese encontrado un pretexto para sustraerse á esta peligrosa caricia, arrebató el papel, cuidadosamente doblado, que debía contener el secreto de aquellas misteriosas relaciones.

Blanca lanzó un grito ahogado y quiso recobrar el billete; pero era demasiado tarde.

Con asombro profundo vió, á la media luz de la berlina, encogerse de hombros á su marido.

—¡Qué terror!—dijo él con calma;—si mi confianza en tí no fuese ilimitada, me harías creer que este billete es comprometedor.

—Pero... no... sin duda—balbució ella.

—De todos modos, no podría serlo más que para

el que te lo ha dado. ¿Piensas que quiera rebajarme hasta espiarte? ¡Bah, qué feo oficio! Y, además, ¿qué ganaría en ello?

Blanca recobró su sangre fría, tranquilizada por el aire sonriente de su marido.

Su conciencia no estaba, sin embargo, tranquila.

—Pues bien—dijo.—Dame ese papel.

—¿Tienes empeño en ello?

—Sí.

—¿Sabes lo que contiene esta carta? Porque es una carta, según creo.

—No.

—¿Sabes de quién es?

—Ciertamente... ó al menos lo supongo.

—¿Lo sabes?—dijo firmemente el banquero.

—¿A qué esa pregunta, puesto que...?

—Porque, si me es indiferente el estilo de esta clase de cartas, deseo conocer el nombre del atrevido que se permite hacer la corte á la baronesa de Nollet. Todo lo demás que averiguase no haría más que turbar mi tranquilidad, que tengo en mucho. En cuanto á ese intrigante, confieso que le guardaría rencor. Si te dijese lo contrario, no me creerías, y con razón. Dime, pues, su nombre y te devuelvo este billete sin abrirlo ni mirarlo siquiera: por lo demás, debes suponer que tengo fundadas sospechas para saber quién es.

—¡Ah!

—Así, pues, si me confiesas que es en efecto el

señor d'Avoise quien te escribe, no exigiré más.

—Puesto que lo sabes, no trataré de ocultártelo.

—¿El marqués se dedica á enamorarte?

—Sí.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Seis meses, poco más ó menos.

—Tienes demasiado talento para hacerle caso, y quiero creer que eres sólo culpable de una simple ligereza.

—Te lo aseguro.

Esta mentira pertenecía á la clase de las que nadie cree; pero el banquero quería ante todo preservar en este asunto su tranquilidad, como lo confesaba sinceramente.

—Si le hicieras caso, demostrarías tener muy mal gusto.

Luis Nollet pronunció estas palabras en tono breve y enérgico.

—El señor d'Avoise acabará mal—continuó;—tiene todos los vicios ruinosos de su época: es jugador, compromete á las mujeres y no respeta nada. Que trate de comprometerte á ti, después de otras muchas, siendo hermosa, joven y rica, es natural. Es su oficio y el de todos los ociosos como él; tu conquista es de las que halagan á los hombres de su especie; esto satisfaría su amor propio y su vanidad; pero tú ¿qué ganarías? Soy tu tutor de derecho, y tengo la misión de defenderte. A ti te toca escoger entre el que te ataca como un la-

drón de caminos y por algunas horas de placer trata de turbar tu vida, y el hombre que quiere protegerte y cuyo constante anhelo es asegurarte una existencia feliz y honrada. Tienes demasiado buen sentido para vacilar; pero no trato de violentarte: reflexiona. Aquí tienes tu billete, y dentro de un momento iré á buscar la contestación á tu cuarto.

La hermosa rubia se apoderó del precioso papel con una mano que temblaba de placer.

Gracias á la generosidad del barón, interesada si se quiere, generosidad de hombre de mundo, que detestaba las escenas violentas, pudo dominarse la catástrofe.

El carruaje se paró bajo la marquesina del hotel Nollet.

La baronesa se lanzó á la escalera y corrió á su cuarto.

Allí leyó rápidamente estos renglones, que habían estado á punto de perderla, y que decían:

«Ten cuidado: tu marido conoce nuestro secreto. Nos han seguido á la calle de Lisboa: quería decírtelo en el baile de la Embajada rusa, pero no fuiste. Esta noche el barón te observaba, y por prudencia no he querido decirte esto que te escribo: temía una imprudencia de tu parte. Tu tirano vigila: desconfía de él. Para mayor seguridad, debemos dejar de vernos durante algún tiempo.

Mil cariños».

—Esto es un pretexto—murmuró con cólera:—lo que quiere es romper y nada más. Esta noche no miraba más que á esa Matilde Peyral. Mejor: estoy cansada de tantas mentiras y bajezas. Decididamente ese estúpido amor no vale lo que cuesta.

Y echó el papel al fuego de la chimenea, donde se consumió en un momento.

Después pasó á su tocador, dejó caer su vestido, recogió sus cabellos rubios sobre su frente, y, fresca y perfumada, volvió á su cuarto.

De pie, delante de ella, se apareció el barón bajo los pliegues sedosos de una cortina.

Una sonrisa enigmática contrajo sus labios delgados.

—¿Has escogido, Blanca?—le preguntó.

Ella se adelantó hacia su marido con los brazos abiertos, pálida de emoción y temblorosa aún por el peligro afrontado.

—El señor de Avoise me decía que me adora—declaró tranquilamente.—Quiero ser sincera: hace ya mucho tiempo que me aburre con su persecución; pero yo sería muy culpable si le hiciese caso, porque eres bueno y generoso como un Rey.

Aquella noche el barón Nollet fué completamente dichoso; pero el marqués de Avoise tenía en él, sin saberlo, un implacable y peligroso enemigo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO VI

Á las ocho de la mañana del día siguiente, el ayuda de cámara del señor Peyral estaba limpiando el despacho de su amo.

Este despacho no era como el de cualquiera.

Situado en el piso bajo del hotelito que habitaba el abogado, tenía dos grandes ventanas que caían sobre los jardines de la plaza Vendome.

Lejos del ruido de la calle, silenciosa y tranquila, evocaba la idea del retiro de un sabio, pero de un sabio aficionado al refinamiento del lujo, de las cosas bellas y de las comodidades, bien entendidas, de nuestra farsante época.

Nada en él recordaba al doctrinario, y menos aún al pedante curial.

Elegantes libros encuadernados ocupaban la estantería de madera blanca que cubría las paredes de alto á abajo.

Un bufete, que había debido adornar algún salón de marqués, ó de gran negociante de fines del siglo pasado, un verdadero hallazgo de coleccio-

nista rico, ocupaba un gran espacio, á toda luz, cerca de una de las ventanas que dan al jardín.

Grandes butacas, almohadilladas y blandas, tienden sus brazos á los visitantes y clientes.

Nada de bustos de legisladores, como los que guarnecen las chimeneas de abogadillos rutinarios.

Dos ó tres paisajes escogidos, de agradable aspecto, dan una nota alegre y armoniosa; sobre el artesonado descansaba la vista, como una cesta de flores sobre una pradera, ó como las amapolas sobre un campo de trigo.

Pero lo que sobre todo llamaba la atención, desde que se entraba en el despacho, era un retrato de mujer, firmado por Chaplin, que debía tener en gran estima su dueño, porque había sido colocado con evidente intención sobre la pared que daba frente al sillón del dueño.

Este sólo tenía que levantar la cabeza para verla desde su bufete.

Aquella mujer era más que bonita; era hermosa, de una belleza parisiense exquisita, á juzgar por el retrato, que pestañeaba, pues tal era el parecido, cosa que se comprendía aun no habiendo visto el original.

Todos los que habían asistido la noche anterior al baile del hotel Savignat hubieran reconocido al primer golpe de vista á la reina de aquel baile, á la joven tan solicitada por el marqués de Avoise, el

barón de Tayllerande y otros; en una palabra, á la señora de Peyral.

No era posible sustraerse al encanto extraordinario, á la seducción que se desprendía de todo su ser.

Una fotografía de la misma persona se hallaba sobre el bufete, y un busto de mármol sobre la chimenea.

No tenía rival: era la única figura femenina que, con una aldeana en traje de auvernesa, la madre, sin duda, del abogado, tenía acceso en el santuario, como debía llenar sola un corazón que poseía por completo.

Sin embargo, mirándola fijamente, se notaba una sombra de tristeza que pesaba como una nube sobre la pintura, sobre la fotografía y sobre el mármol.

Era tan persistente, tan real, tan evidente, que ni el pintor ni el escultor hubiesen podido suprimirla sin perjudicar al parecido de la obra.

Pero era una melancolía resignada y dulce, enteramente agradable; una especie de bondad indulgente, de debilidad conmovedora.

Sí; era, sobre todo, la bondad lo que respiraba aquella fisonomía dulce, aquella cabeza deliciosa.

Excitaba irresistible simpatía.

El criado, cuando hubo terminado su trabajo, se plantó delante del retrato, en el momento en que una doncella entraba en el despacho y se de-

jaba caer en la butaca situada al lado del bufete.

—¡Caramba!—dijo el criado.—¡Qué mujer tan hermosa! No tenía igual en el baile de los de Savignat.

—¿Es de la señora, ó de mí, de quien habla usted, señor Justino?—preguntó alegremente la doncella, una rubia bastante agradable, con sus veinticinco años, su falda negra, su delantal blanco y su gorrita plantada sobre el moño, muy voluminoso, cuyas cintas colgaban por la espalda.

—De la señora, en primer lugar—contestó tranquilamente el criado,—y después de usted, si me quiere oír, Sofia; pero es usted más arisca que una fiera, sin agravio.

—Es que usted es demasiado atrevido, amiguito.

—¿Y qué importa si mis intenciones son puras?

—¡Oh, puras!

—Protesto...

La señorita Sofia cortó las protestas de su compañero, señalando las persianas del hotel Savignat, cerradas aún, al otro lado de los grandes árboles del jardín.

—Allí duermen aún—dijo.—No necesitan levantarse temprano para ganar dinero, y, sin embargo, me parece que las cosas no van muy bien, á pesar de eso. La niña ha querido ser marquesa y lo es, pero ha hecho un mal negocio la señorita Elena.

—¡Bah!—dijo Justino, con alguna razón.—No es

posible tenerlo todo; no sería justo. Nosotros, Sofia, no tenemos dinero, pero podemos tener otra cosa.

—¿El qué?

—Amor.

—¡Vaya una cosa!

—¡Sofia!

—¡Vaya usted á paseo!

—No tiene usted corazón.

—Yo creo que sí.

—Pues bien, ¿entonces?...

—Pero no dice nada, ésa es la cosa. Y dígame usted—añadió acercándose y bajando la voz:—¿no encuentra usted que algunas veces está insinuante con la señora el vecino de enfrente?

—¿El señor marqués?

—Sí.

—Le aseguro á usted que no he notado nada.

—Se queda á veces las horas muertas extático en su balcón, bajo el pretexto de fumar un cigarro al sol, sobre todo desde hace algún tiempo. Parece que está de muestra delante del cuarto de la señora.

—¿De veras?

—Como lo oye usted. Á mí, en el caso del señor, no me gustaría la puerta de comunicación entre los jardines.

—Fué el viejo señor Savignat el que la mandó abrir para venir más fácilmente á casa del señor. Eran amigos íntimos.

—Yo la condenaría en seguida. La señora no puede ver al marqués, es posible; pero el viento cambia á veces, ¿sabe usted? Y es muy guapo el marqués Gaetano. ¡Vaya un hombre raro!

—¡Chist!...

—Un conquistador como no hay otro.

—Todos los vicios juntos—asintió Justino.—Ese ha sido un casamiento que está dando bastante qué hacer á la pobre señora de Savignat. ¡Qué excelente mujer!

—Se consolará con su dinero—dijo la doncella, que indudablemente sentía rencor hacia una persona que tenía el defecto de ser tan rica.

Volvió la espalda á su compañero y se apoyó en la baranda de una de las ventanas por donde entraba al despacho un hermoso sol.

Justino se acercó traídoramente y la cogió por la cintura.

—¡Ah, Sofía! No somos ricos; ¡pero seríamos, á pesar de eso, tan felices!—dijo.

—Quisiera saber de qué modo.

—Contrayendo lazos... casándonos.

—¡Déjeme usted en paz, Justino! Es usted insoportable. ¿Se ha visto nunca que se casen los criados? Hoy aquí, mañana en otra parte; ¿y si tuviéramos hijos? ¡Vaya usted á paseo!

—¡¡Sofía!!

—El matrimonio es bueno para los rentistas. ¿Tiene usted rentas?

—Pero...

—¡Bobadas!

—¡Déjeme usted, al menos, la esperanza!—exclamó con tono trágico.

—Si eso le divierte á usted...

Se enderezó de pronto al oír un campanillazo.

—¡Vaya—dijo,—clientes! La procesión que empuja, y el señor no ha bajado aún. Me largo.

Y se escapó.

Justino fué á abrir sin apresurarse. Un sujeto, muy bien vestido, con un gabán gris y una levita negra, enteramente abrochada, preguntó bruscamente:

—¿El señor Peyral?

—Tenga usted la bondad de entrar.

—¿Está visible?

—Si el señor quiere darme su tarjeta...

—Es inútil: anuncie usted al barón Nollet.

Sin duda Justino conocía la importancia del personaje enteco que llevaba este nombre, porque le dirigió una sonrisa obsequiosa.

—El señor va á bajar al momento; corro á prevenirle—dijo.—Tenga el señor barón la bondad de sentarse un instante.

—Vaya usted,

Cuando el criado desapareció, el visitante ajustó el lente á su ojo izquierdo y empezó á dar vueltas por el despacho, mirando todos los objetos que se encontraban en él con la misma atención

que si hubiese estado encargado de hacer su inventario.

Justino avisó en efecto á su amo, que estaba acabando de vestirse.

Al oír el nombre del barón, el abogado se puso apresuradamente un batín de franela y bajó rápidamente la hermosa escalera de mármol blanco con baranda de hierro, calada y ancha, y cuyas paredes estaban cubiertas de dibujos raros, de cuadros antiguos alternando con macizos de plantas hábilmente combinados.

Al entrar en el despacho encontró al barón sentado en la gran butaca destinada á los clientes, con el bastón entre las piernas, las manos cruzadas sobre el puño del bastón y la barba apoyada en las manos en una actitud meditabunda.

—Perdone usted si le he hecho esperar—dijo con el buen humor, la viveza y la buena fe que tenía por costumbre.

Aquellos dos hombres no se parecían en nada.

El barón era tan seco, estrecho y anguloso, como ancho de espaldas, alto y sólidamente formado era el antiguo protegido del señor Savignat.

Tenía toda la apariencia de un aldeano robusto y sano. Su cabeza, de frente ancha y espaciosa, descansaba sobre un cuello de fuertes músculos. Sus labios gruesos sonreían con la jovialidad sincera de un hombre feliz; su aspecto bondadoso y

comunicativo atraía. Sus grandes ojos azules miraban con nobleza: eran claros é inteligentes.

—Generalmente, señor barón—dijo,—me levanto con la aurora; pero hemos pasado la noche en claro, y me asombra ver á usted tan madrugador. Yo aborrezco las reuniones, la sociedad y los bailes; pero son concesiones que hay que hacer á las mujeres. La vida sería imposible sin concesiones.

El banquero apretó los labios.

Pensaba que, á veces, eran éstas muy duras.

—Ahora—terminó el abogado cogiendo el cuchillo de cortar papel, y recostándose sobre el respaldo de su sillón,—hable usted: soy todo oídos.

El banquero dijo con calma:

—Querido amigo Peyral, usted es uno de los consejeros de la casa Nollet, y á título de ello vengo á pedir á usted un favor.

—Si me es posible...

—Se trata de una misión delicada acerca de una amiga de ambos.

—¿La señora de Savignat?

—Justamente.

—¿El asunto concierne á su yerno?

—En efecto.

—¿Alguna nueva tontería?

—Usted lo ha dicho.

El señor Peyral empezó á dar golpecitos sobre el bufete con el cortapapeles.

—Yo tengo que guardar al marqués ciertas consideraciones—repuso el banquero,—puesto que tenemos relaciones de amistad y nos encontramos en los mismos círculos. Siempre he tenido por él una gran benevolencia, pues reúne algunas buenas cualidades, á cambio de los muchos defectos que hay que reconocerle, por desgracia. Le he visto joven, ligero, disipador, pero muy agradable, y he hecho mal en servirle de padrino para un matrimonio que su conducta actual me hace deplorar. Me sucede algunas veces—aunque sólo considero el juego como una mera distracción—á menudo peligrosa—el encontrarme en una partida de la que también él forma parte. En fin, pertenecemos á la misma Sociedad, y no tengo ninguna razón para serle desagradable, y menos aún á esa excelente señora de Savignat, una antigua cliente de nuestra casa; pero la prudencia exige que pidamos al marqués un ajuste de cuentas.

—¿Les debe á ustedes gran cantidad?

—Sí y no. Grande para el marqués, puesto que sólo posee su finca de Avoise, pero pequeña para la señora de Savignat, si consiente en intervenir.

—De modo que debe...

—Un millón ciento veinte mil francos.

—¡Diablo!—exclamó el abogado, dando un respingo sin querer.—¡Ese es el valor de su propiedad!

—Poco más ó menos, y además algunos intereses vencidos: digamos un millón y doscientos mil francos en cifras redondas.

El señor Peyral dió un salto, como si le hubiese mordido un escorpión.

—¡Diablo, diablo!—repitió.

—Ya comprende usted mi compromiso—añadió el banquero con imperturbable calma.—Los negocios son negocios.

—Sin duda.

—Yo sentiría en el alma causar el menor disgusto al marqués ó á su suegra, pero nos vemos en la necesidad de liquidar la garantía.

—¿Tienen ustedes una?

—Por supuesto, para principio de crédito, sobre la propiedad de Avoise.

El señor Peyral se rascó la frente.

—¿De qué modo puede un pródigo tirar por la ventana tanto dinero en tan poco tiempo? Es cosa ésa que no alcanzo á comprender.

—¡Oh! Pues es bien fácil—dijo el banquero con ingenuidad admirablemente fingida.—Aquí, entre nosotros, puedo hablar sin rebozo. Un jugador, es decir, un jugador desenfrenado, como algunos que conocemos, amigo mío, tiene con eso para bien poco tiempo; y lo que me extraña no es que el marqués haya malgastado esa suma, sino que haya empleado dos años en ello, porque nuestro crédito data de esa época. Es verdad que

las rentas de su mujer le han ayudado, y que, según tengo entendido, la señora de Savignat le ha entregado algunas cantidades en varias ocasiones. Además, el marqués tiene suerte á veces, y le he visto ganar grandes sumas; sólo que, en los días de vena, los jugadores son siempre espléndidos, y, en confianza, le diré á usted que no son las cartas el único vicio del marqués.

—Es verdad, desgraciadamente.

—He aquí, pues, lo que reclamo de la amabilidad de usted. Personalmente he sostenido que no había necesidad alguna de reclamar esa suma; pero no soy el único interesado, y mis hermanos tienen distinta opinión. He creído, pues, deber prevenir á la señora de Savignat, y no podría escoger, acerca de ella, un intermediario más simpático que usted, que es casi de la familia.

El abogado se mordió los labios.

—¿Es—dijo—que me va usted á hacer aborrecer del todo por el yerno, de quien soy ya el coco? No sé de qué procede su aversión; es instintiva, sin duda, porque no he hecho nada para merecerla. Hubiera querido disponer libremente de los bienes de su mujer; pero la prudencia más vulgar exigía que se pusieran á cubierto. El señor de Avoise supone sin duda que yo he inventado un Código especial para aplicárselo. Es verdad que yo quiero mucho á Elena, cuyo padre me hizo los mayores favores, y decir que vi con gusto ese casamiento

sería mentir. Deseaba que fuese dichosa, y no creo que está en camino de serlo; pero, de todos modos, en esta reclamación el marqués no verá la casa Nollet, sino á su mensajero, y voy á ser una vez más correo de malas nuevas. ¿No podría usted hablar directamente á la señora de Savignat? Me es muy fácil llamarla, y todos los días recibo su visita.

—Es un medio—dijo el banquero.

El abogado tiró de la campanilla y escribió estos renglones:

«Querida señora: Venga usted un momento á mi despacho, si le es posible, y prepárese á una sorpresa desagradable.

Su afectísimo, PEYRAL».

—Lleve usted esta esquela á la señora de Savignat—dijo á Justino.—La recibirá en seguida—añadió, dirigiéndose á su cliente:—sólo hay que atravesar el jardín. El difunto señor Savignat venía todos los días aquí: ¡si el pobre supiera el casamiento que su hija ha hecho, se estremecería en su tumba! Menos mal que la fortuna está á cubierto; pero en la vida no lo es todo el dinero.

Al emitir esta idea, bastante vulgar, el señor Peyral la subrayó por una larga mirada, dirigida, no al banquero, que continuaba inmóvil con su barba sobre el bastón, sino á la preciosa pintura que tenía delante.

El barón Nollet sorprendió aquella mirada.

—Ese retrato es de Chaplin—dijo.

—En efecto. ¡Talento de primer orden!

—Estaría encantado de tener tan hermoso modelo.

El señor Peyral se inclinó en silencio.

El barón repuso:

—¿Se casó usted diez y ocho meses después que el señor de Avoise?

—Poco más ó menos.

—¡Cuando pienso que hay gentes que hablan mal del matrimonio!

—Su número es una legión, amigo mío.

—Yo—dijo el barón con una sonrisa intencionada—creo conocer, por lo menos, dos que son dignos de envidia.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, el de usted...

—Es verdad—dijo con profunda convicción el abogado.

—Y luego el mío—afirmó el hombre de negocios con imperturbable aplomo.

El señor Peyral lanzó una nueva mirada al retrato. Esta mirada expresaba todo el agradecimiento que sentía el abogado hacia el modelo, por los años de felicidad completa que le debía.

En este momento se oyó el ruido de una puerta que se abría en el jardín.

—Aquí está mi vecina—dijo el señor Peyral.

CAPÍTULO VII

En efecto, la suegra del señor de Avoise se aproximaba rápidamente por la alameda que rodeaba el jardín.

Llevaba una gorrita blanca sobre sus cabellos grises, y un sencillo vestido de mañana, lo cual hacía que se pareciese á un ama de gobierno de casa grande.

El abogado se había levantado para adelantarse hacia ella, y en la puerta misma del despacho estrechó sus manos, murmurando en su oído:

—Valor: es un disgusto más.

—¿De dinero? Comprendo...

El barón Nollet había imitado al abogado, pero con más reserva.

Comprendía que el señor Peyral quería hacer á su antigua amiga una advertencia rápida, y esperaba su vez.

La pobre señora no le dejó tiempo para explicarse,

—¿Qué hay?—dijo—¿Qué pasa? ¿El señor marqués ha hecho de las suyas?

Es imposible pintar el desdén con que la señora de Savignat pronunció las palabras «el señor marqués».

—Vamos al grano—repuso.—¿Cuánto le debe á usted?

—Poca cosa, relativamente.

—¡Relativamente! ¡Me hace usted temblar! ¿El guarismo?

—Poco más de un millón.

La suegra no se encolerizó; el corazón le dió un salto en el pecho, pero conservó su dignidad.

Sobraba el barón para que pudiera desahogarse.

¡Ah! Si hubiese estado sola con su amigo Peyral, no hubiese dejado éste de presenciar un soberbio arranque de cólera.

Se sentó tranquilamente entre el abogado y el banquero.

—¡Llama usted poca cosa á un millón!—dijo dirigiéndose al barón Nollet.—Es gracioso. ¡Cómo se conoce que el dinero ha llenado siempre su caja! Pero, amigo mío, yo soy una Vidieu de Pontgibaut en Auvernia, y si todos los Vidieu, que son lo menos doce familias, y los Savignat, que no son menos, hubieran vaciado sobre una mesa sus bolsillos, no hubiesen, con seguridad, caído 25.000 francos en dinero, y contando con los cam-

pos, los prados y las casas, apenas hubieran podido realizar 50.000 escudos entre todos; y eso habiendo dado mi padre, que era el ricacho entre ellos, cuanto tenía. El señor Peyral puede decirse lo: habla usted de un millón como del precio de un par de bueyes en la feria. Así son los de París. En fin, dice usted que mi yerno (y arrastraba la erre con voz temblorosa) le debe á usted...

—Un millón ciento veinte mil francos, mas los intereses vencidos.

La señora de Savignat abrió los ojos desmesuradamente, y agitó con mano nerviosa el manajo de llaves que siempre llevaba consigo.

—¿Y le ha abierto usted crédito por una cantidad tan grande?

—Es su yerno de usted—dijo sencillamente el banquero.

—Por desgracia.

—Además—añadió con malicia,—tenemos una garantía.

—¿Sobre su propiedad de Avoise?

—Sí.

—Embárguela usted.

—¡Oh!—dijo Luis Nollet con un gesto de pudor.—Por deferencia hacia usted...

—No tengo nada que ver en los negocios del señor de Avoise; nada ya.

Y de pronto estalló la cólera que la dominaba.

—¡Es decir, que es un abismo ese hombre!—ex-

clamó.—Más de un millón, sin contar las sumas que arranca á la debilidad de su mujer. ¿En qué puede emplear tanto dinero? No es solamente el juego quien lo devora; hace ya mucho tiempo que adivino otras cosas, de las cuales no quiero hablar.

—Cálmese usted, señora—insinuó el barón,—cálmese usted; es fácil de decir eso. El mal no es tan grande: ya sabe usted el refrán «desgracia de dinero...» y usted es rica.

—Sí lo soy; pero ¿es ésa una razón para tirar el dinero, honradamente ganado, y que podría emplearse mejor? ¿Quiere usted que le hable con franqueza? Si viese al menos alegre y feliz á Elena, encontraría una compensación á ese tremendo derroche, y transigiría, no sin trabajo, lo confieso, con todas esas locuras; pero tenemos aún otros motivos de disgusto.

Al cabo de un momento de silencio, repuso el barón:

—Así, pues, ¿no tiene usted interés en conservar la propiedad de Avoise?

—Ninguno.

—Lleva su nombre.

La señora de Savignat demostró toda su aversión con una sola palabra.

—Razón de más.

—Con la fortuna de usted sería sencillo el sostenerla.

—Me recordaría al propietario, y ya pienso bastante en él.

—Entonces, le ofrezco á usted un medio de empeñar al marqués y obligarle á ser menos gastador en lo sucesivo, puesto que no tendrá ninguna garantía que ofrecer á los prestamistas.

—¿Cuál?

—Á pesar de la depreciación que sufre la propiedad, tomaré yo ésa á cambio de nuestro crédito.

—Es una solución.

—Si el señor Peyral quisiera encargarse de esta negociacion, se lo agradeceríamos, y esto es—añadió el barón levantándose—para evitar el ruido y en consideración á esta señora, porque nosotros preferiríamos el dinero: no deje usted de decirselo al marqués.

—Sea; veremos—dijo la suegra, vacilando por un movimiento de bondad.

Avoise era una propiedad magnífica que hubiera deseado conservar para su hija.

Y añadió, con el acento brusco y cordial que la distinguía:

—No tiene usted prisa, ¿verdad, y puede usted esperar hasta mañana, que yo misma le llevaré la respuesta?

El banquero estrechó la mano de su cliente y se fué.

—Ese hombrecillo me hace sentir el frío hasta

en la médula de los huesos—dijo la señora de Savignat, después de que se hubo marchado.

—Es de metal—añadió el abogado;—¿y qué decide usted?

—No lo sé aún: necesito reflexionar. ¡Ay, amigo mío, tengo un gran remordimiento de conciencia!

—¿El casamiento de Elena?

—Sí, por cierto. ¿Por qué no seguí el consejo de usted? Consintiendo en ese matrimonio odioso, he merecido lo que nos pasa; ¡de otra manera se hubieran arreglado las cosas á vivir mi marido!

—¡Quién sabe!

—¡Oh! No hubiera sido él quien fuese á buscar en las altas esferas—y pronunciaba esa frase con entonación burlona—un yerno que nos dispensase el honor de restaurar su castillo feudal con nuestro dinero: el pobre tenía demasiado buen sentido para eso, y hubiera preferido un buen muchacho que agradeciese á mi hija lo que aportaba al matrimonio, un poco su fortuna y mucho su juventud, su frescura y las buenas cualidades que sin vanagloria puedo reconocer en mi Elena. No conozco nada tan bueno y tan indulgente como ella. Es quizás porque soy su madre.

—No; piensa usted en eso como todo el mundo.

—Excepto su marido.

—¿Está usted segura?—preguntó sin convicción el señor Peyral.

—Sí, por desgracia. En dos palabras, y sin de-

tener á usted más tiempo, veo que á mi hija se le acaba la paciencia y que el mal no tiene remedio.

—¿Se lo ha dicho á usted ella?

—Todavía no, pero lo adivino: quiere acabar de una vez, y yo también. La vida que llevo va siendo intolerable. Necesitamos una separación, un divorcio.

—Pero...

—No me haga usted objeciones. Está decidido.

Y tocando su frente dijo:

—Aquí.

—Sin embargo...

—Lo quiero. Es preciso que Elena se vea libre de un hombre que le hace desgraciada la vida y sin sosiego.

—Es que...

—¿Qué va usted á decirme á mí? ¿Que muchos matrimonios se parecen al del señor de Avoise? ¿Que los maridos están casi siempre fuera, y en su casa sólo de paso? ¿Que están de moda los círculos, los clubs y el pasar las noches en claro, alrededor del tapete verde, y eso excusa las travesuras de esos señores y sus asiduidades con las actrices, con las bailarinas y hasta con las *horizontales*, expresión bien pálida y benévola para designar lo que se designaba antes con nombres más enérgicos y francos? En el fondo no cree us-

ted una sola palabra de lo que dice, por mantener una paz imposible, y no quiero escucharle. ¿Cuánto tiempo hace que se casó Elena?

—Cinco años.

—Apenas si me acuerdo. ¡Tantas cosas tengo en la cabeza!... Desde entonces, amigo mío, nuestra casa es un infierno: mi hija comprendió pronto que no era con ella, sino con su dote, con quien se había casado el marqués. Es altiva y se calla, y ha presentado, todo el tiempo que ha podido, á mal tiempo buena cara. Yo hubiera podido envenenar las cosas, porque llegan hasta mí chismes y cuentos por varios conductos; pero, lejos de eso, he tratado de animar á Elena y de restablecer la buena armonía que el marido se empeña, cada día más, en destruir; pero renunció ya: es preciso devolver al señor de Avoise una libertad de que nunca abdicó, para poder recobrar la nuestra.

—Perfectamente. Pero, en suma, ¿de qué le acusan ustedes?

—¿Cómo que de qué le acusamos? De todo.

—Precisemos.

—De gastos increíbles...

—Elena está protegida por el régimen dotal.

—Del abandono en que nos tiene.

—Enséñeme usted el artículo del Código en que se fija el tiempo que un marido debe permanecer en su casa.

—¡Y las queridas!

—¿Dónde están?

—Las orgías de que se habla.

—¿Quién habla de ellas?

—Todo el mundo.

—Eso es muy vago. No se puede citar á todo el mundo ante un tribunal: se necesitan nombres concretos: ¿los tiene usted?

—Ciertamente—dijo ella vacilando.

—¿Quiere usted mi consejo?

—Puesto que vengo á pedírselo...

—Tiene usted completa razón en lo que concierne al marqués; su desorden y sus culpas traspasan todo límite, y le aborrece usted con justicia.

—No lo sabe usted bien. Veo demasiadas veces á mi hija con los ojos encarnados, de llorar en secreto, para que no le deteste. Llego hasta aborrecerme á mí misma por haberme dejado engañar tan neciamente por ese infame. ¡Qué estupidez! Un aristócrata ajado, arruinado, y que sólo conservaba la apariencia de nobleza y lealtad, como sólo tenía de rico la apariencia, corrompido por una juventud de orgías, de placeres y de excesos, como esos enfermos desahuciados á quienes todo el Protomedicato no puede curar. ¿Qué hacer?—interrogó al abogado con ardiente mirada.

Él movió la cabeza.

—El señor de Avoise merece su indignación de

usted; pero es listo y astuto, y no tenemos bastantes armas contra él.

—¿Qué es necesario entonces para tenerlas, Dios mío?

—Sus acusaciones de usted no tienen cuerpo, y la justicia exige pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Testimonios de sus faltas... por ejemplo, el marido sorprendido en flagrante delito de adulterio; bastarían cartas que probasen intimidación culpable.

—¿Cartas?

—En una palabra, cuanto constituye una prueba de la infidelidad del marido. Es casi lo único de que puede usted acusar al señor de Avoise. ¿Falta al respeto á su mujer?

—No le acuso de eso.

—Es demasiado bien educado para cometer violencias... tal vez valdría más tentar un esfuerzo y evitar escándalos y discusiones que diviertan al público. Una vez vendida su propiedad á los Nollet, no le queda ya más que usted. En fin, es una situación ésta de la cual hay que soportar las consecuencias... Á lo hecho...

—Sí, sí; pero no se trata de eso: está envenenando la vida de mi hija, y no quiero que se muera: comprendo lo que dice usted, y tendrá esas pruebas que pide.

—¿De dónde las sacará usted?

—No lo sé, pero las encontraré. No tengo más que á Elena en el mundo, y sabré defenderla.

—Tenga usted calma. Usted es fuerte: ¿quién sabe lo que nos reserva el porvenir?

—Nada bueno.

Se levantó para marcharse.

El señor Peyral la acompañó por el jardín, que atravesaron juntos, y, en el momento de entrar en el suyo, la señora de Savignat estrechó la mano del abogado, repitiendo:

—He comprendido, tendrá usted las pruebas, las tendrá usted... Hasta muy pronto.